

una carta, que habían de entregar á Jacobo, cuando se presentara en casa de su esposa: decíale en ella que asuntos muy urgentes le impedían esperarle en Biarritz, y que la Marquesa de Villasis quedaba con amplios poderes para tratar con él toda clase de asuntos, conformándose Elvira desde luego con lo que ambos concertaran.

A todo asentía la Marquesa de Sabadell, con esa especie de inercia moral que enerva la voluntad, cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heroicas, crecen las fuerzas en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan sólo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell, entregó ésta á su amiga algunos papeles importantes que la Villasis queria tener á mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon después ambas á Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuitas expulsados de España por la Revolución, habían abierto el colegio en que Alfonsito Tellez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni á dónde iba, y el Rector del colegio que conocía á fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño no recibiese otra visita que la de la Marquesa de Villasis, durante la corta ausencia de su madre. Dos horas después despedíase aquella de Elvira en la estación de la *Negresse*, y volvía triste y preocupada á la *Villa María*, dando al punto orden de no recibir á nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documento, en forma de artículos numerados. Levantóse muy de mañana al otro día, fuése á la capilla de Santa Eugenia, oyó dos Misas y comulgó devotamente, la prudencia de la mujer había tirado la noche ántes sus cálculos, y la fé de cristiana iba á buscar entonces en el Sacramento la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometía uno de esos es-

pléndidos días de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el barómetro sube, como si quisiera descubrir á lo léjos la llegada de la primavera. A las tres de la tarde, hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba á raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos. La Marquesa amaba el sol y el aire con la pasión con que los aman los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *petit jour*, en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Uníanse en el jardín las carcajadas de Monina que saltaba la cuerda, con los mugidos del mar que azotaba la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con lo terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

La Villasis, apoyada en la ventana, seguía con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazón, con ser éste tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla á luz cinco años ántes, y huérfana también de padre.

De repente, la Marquesa cerró la ventana, y sentóse junto á ella, al lado del pequeño *secrétaire* en que solía despachar su correspondencia ordinaria. Había escuchado á lo léjos el ruido de un coche, que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y á poco, un criado anunciaba en el gabinete al Marqués de Sabadell.

La Marquesa se santiguó vivamente, no bien desapareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellissimo de la Virgen, que había en el testero, y volvióse hacia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena como cuando recibía en Madrid á sus amigos íntimos.

## VIII.

Para que el lector pueda comprender toda la importancia

que tenía para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean á crímenes todavía impunes, y á intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón á algunos caciques de la secta, que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la Rública, y resolvieron entronizar mientras tanto á un monarca constitucional, que fuera entre sus manos un mero instrumento. Fué entonces elegido á este propósito el Duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona como delegados de la secta, el general Prim y D. Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran Oriente honorario del Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron á dar por resultado el asesinato del general Prim, mientras la comisión encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al Duque de Aosta, volvía de Florencia.

Formaba parte de aquella comisión cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshonrar, suponiéndole sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado á las sectas: es, sin embargo, cierto, que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designio misterioso, papeles de gran importancia que comprometían á muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprende al personaje en Génova el 11 de Diciembre, é ignórase al presente por qué mano fueron á parar entónces aquellos papeles á cierta logia de Milán, que los remitió más tarde á Victor Manuel como armas preciosas que podían muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de pies y manos á ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de deslealtad y de impudencia.

Acertó entonces á llegar á Milán, fugitivo de Constantinopla, el Marqués de Sabadell, perdido y arruinado, y pre-

sentóse en aquella logia, donde años antes le había iniciado Garibaldi. Acogióronle los venerables como á enviado del Gran Arquitecto, y presentáronle al punto á Victor Manuel como el hombre á propósito para llevar á España documentos é instrucciones, é imprimir á la política de D. Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde, y ya hemos visto cómo la caída del Duque de Aosta destruyó en Paris las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Vióse entonces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las más de las veces de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en provecho propio el precioso depósito, y aquí comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos ó carlistas, segun tuvieran éstos ó aquellos más ó menos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros había causado su repentina presencia en Paris, apresuróse á propalar por medio del tío Frasquito la novelesca historia de la Cadina, que tan *gloriosamente* justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y ántes que nada, hacer perder la pista á los masones chasqueados, y á este propósito ideó Jacobo reconciliarse con su mujer y oscurecerse á su lado por un año, durante el cual viviría tranquilamente de las rentas de ésta, garantizaría con ellas en lo posible el pago de sus deudas, y tantearía el terreno despacio y sin ruido, hasta encontrar el mejor postor á los servicios que pensaba sacar á pública subasta.

Su reconciliación con Elvira era, por lo tanto, la clave del arso que había fabricado, y tratábase de colocarla en aquella entrevista. Entró, pues, en el gabinete, armado de toda su osadía, sereno, risueño, y con aire de amigo que prepara á otro con su presencia, una sorpresa inesperada y agradable. Al verle entrar la Marquesa, tendióle la mano con grande afecto, diciendo cariñosamente:

—¡Adios, Jacobo!...—¿Cómo te va?... Pero ¡Dios mio, si por tí no pasa el tiempo!... Te encuentro lo mismo, lo mis-

mo que cuando nos vimos hace cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas?... Jacobo apretó cordialmente entre las dos suyas, la mano que la dama le tendía, y le contestó con no menor cariño y agasajo:

—¡Ya lo creo que me acuerdo...—Los encuentros contigo no se olvidan fácilmente... Pero tú sí que te has plantado en los veinticinco años: siempre tan....

—¡Jacobó, por Dios!...—Que abofeteas á la verdad por decir una galantería.... ¿No me ves la cabeza?... ¡Blanca!...

—¡Cá!.....—Eso es refinamiento de coquetería; que te enpolvas el pelo, como las marquesas de la corte de Luis XV...

—Ya voy teniendo algun punto de contacto con ellas-- exclamó riendo la Marquesa. A lo ménos en lo añejo de la fecha.

Jacobó habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño *secrétaire*, que vino á quedar entre ambos: encontróse algún tanto embarazado después de este primer saludo, y esperando que la Marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse, pósose á hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos días á Biarritz: parecía aquello, la costa á que la República de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La Marquesa dió entonces el primer paso, diciendo con intención marcadísima:

—Sí....—Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

Hizose Jacobo el sueco, y contestó con tono doctoral de hombre político:

—Dudosas se presentan...—No creo que cuaje ninguna....

—¿Ninguna?—preguntó riendo la Marquesa. ¿Ni tampoco las mias?.....

—¡Ah! ¡ya eso es otra cosa!—replicó jovialmente Jacobo. A la diplomacia de las faldas, no hay quien resista. Recuerdo haberle oído á Castelar, que el mundo es de las faldas y de las faldas: es decir, de las enaguas y de las sotanas.

—Pues téngaselo V. por dicho, señor de Bismarck.... Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria.....

—Sí,—replicó Jacobo; ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del *secrétaire* la carta que, dictada por la Villasis misma, le había escrito Elvira la víspera. Leyóla atentamente la Marquesa como si le fuera descoocida, y devolviósela á Jacobo, diciendo:

—Me parece que están en regla....—Puede el Sr. Bismarck cuando guste, exponerme la marcha de su política.

—Yo creo más correcto que el señor.....

Jacobó se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la Marquesa le apuntó muy formalmente.

—Antonelli.... Así no saldremos de faldas.

—....que Monseñor Antonelli esponga ántes la suya.... El Nuncio ha sido siempre el decano del cuerpo diplomático.

—Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó V. en un renuncio, señor de Bismarck.... Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré con una sinceridad impropia del oficio.... Mi política es esta: "Padre nuestro que estás en los cielos..... hágase tu voluntad..... Perdonanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.... No nos dejes caer en la tentación.. Líbranos de mal."

La Marquesa supo dar tal inflexión á algunas de estas palabras, que su política fué perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban perdonados, sentóle muy bien, y le llenó de esperanza.

—¡Política italiana!--dijo moviendo la cabeza. Es la más hábil.

—Italiana no, romana,—replicó vivamente la Marquesa. ¡Es la más santa!.....

Jacobó creyó llegado el momento de dejar ese tono humorístico, tan peculiar á los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispuso á entrar en materia: colocó los guantes que se había quitado, sobre la mesa del *secrétaire*, y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus mañiques tenía, comenzó á decir mirando sus reflejos:

—Mira, María... Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con Elvira, porque eres una mujer de mundo,

y sabrás comprender mi situación y ponerte en mi caso... Elvira es un ángel... con alas de cisne; tú eres también un ángel, pero con alas de águila...

La imagen resultaba bonita, y la Marquesa agradeció el cumplido con una ligera sonrisa.

—Mi situación actual,—prosiguió Jacobo, puede concretarse en esta fórmula: «He corrido mucho, y me he cansado pronto.» Recuerdo haber leído en Confucio...

La Marquesa no pudo contener la risa al oír el santo Padre que con tan pedantesca formalidad alegaba Jacobo, y corrido éste algún tanto, preguntó contrariado:

—¿Te ríes?...

No, hombre, no....—Me río del autor, no de la cita... Veamos la sentencia.

—Y bien profunda que es,—replicó Jacobo. «Subí á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño: seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño.» Así me ha sucedido á mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

—Pues verdaderamente que el Sr. Confucio no anduvo desacertado en la parabolita,—dijo la Marquesa. Pero al aplicarte tú el cuento, te las calzas al revés, amigo mio... No debes de decir *subí*, sino *bajé*; porque esos *triumfos* de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho... Por esto debiste decir: «Bajé al charco de Tam-Sam, y la idea de la virtud la perdí de vista; me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber, se borraron del todo...»

Esta brusca é inesperada arremetida desconcertó por completo á Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

—Política romana, con todas sus intransigencias!

—¡Política *bismarckiana* la tuya, con todas sus criminales,—¡nótalo bien!—sus criminales condescendencias!....

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso á estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos ombres, ruines defectos y vicios enormes, se lo rechazaban allí por falso: que la *política romana* llamaba al pan pan y al vi-

no vino, al vicio vicio, á la infamia infamia, y á las *pequeñeces* monstruosidades, y convenciése por ende de que había errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolviése, pues, á cantar la palinodia por completo, y á echar mano al mismo tiempo de lo que juzgaba él su artillería de reserva.

La Marquesa, por su parte, habíale acometido tan brusca y cruelmente para ensanchar el campo en que quería examinarle, y no descubrir con una confianza harto prematura y harto crédula, el lazo que tendía ella al farsante con su estrategia.

—Tienes razón, María,—dijo al cabo gravemente. Pero no podrás ménos de concederme, que algo indica y algo merece el amor propio que se doblega hasta hacer esta confesión, y que no es caritativo ni cristiano retirar á quien quiere salir del charco, la mano que puede ayudarle.... El P. Cifuentes, añadió con triste sonrisa, con ser más *romano* que tú, me ha concedido ambas cosas.

—¿Qué te ha dicho el P. Cifuentes?.....

—Me dió para ti esta carta—contestó Jacobo entregándole una.

Leyóla también la Marquesa como si le fuera desconocida, y aparentando darle un alcance que por ningún concepto tenía, dijo vivamente con aire de satisfacción grandísima.

—Esto es ya otra cosa....—El voto del P. Cifuentes, es para mí decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exponme ahora tus deseos, claros y concretos.

¡Castelar tenía razón!..... ¡Indudable era que las sotanas partían con las faldas el imperio del mundo!.... Y mientras esto pensaba Jacobo con cierto rabioso despecho, que le hacía aún más antipático al P. Cifuentes, púsose á trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fué exponiendo poco á poco y por partes.

Él no tenía deseos, ni podía concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido, el perdonado, y no podía tener otras aspiraciones, que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habían sido ambos, amándose tanto, tanto.... Y aquí pareció Jacobo

muy conmovido, y dió muestras de su erudición, trayendo á la memoria aquello del Dante:

Nessun maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria,

y parafraseándolo con aquello otro del Marqués de Santillana:

La mayor cuyta que haber,  
Puede ningún amador,  
Es membrarse del placer  
En el tiempo del dolor.

La Marquesa parecía encantada y también conmovida, y le instó á que dejando á un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que sería su gusto entablar, supuesta, como ya podía suponerse, su reconciliación con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfacción de haber sabido engañar, ántes que el goce de haber logrado su objeto. Las mil frases bonitas que había leído y conservado en la memoria para matizar con ellas su pintoresca elocuencia, acudieron en tropel á sus labios saliendo á borbotones. ¿Qué plan de vida podía tener él, como no fuera pasar la suya entera adorando á Elvira, con una pasión humilde, discreta, satisfecha con arder á lo léjos, como en la última grada del altar el cirio de un pobre?

Allá en tierra de Granada tenía él un castillo antiguo, la torre de Tellez-Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos, donde desengañado de la Revolución había soñado muchas veces combatirla, realizando el ideal del Grande de España antiguo, apoyado en el arado y en la espada, siendo á la vez señor y potector de la comarca, padre de sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo... ¿Querría Elvira ayudarle en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro?

¡Ah! si la Grandeza entera de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando á los ricos improvisados y á los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerías, fuese ella caritativa en los

campos, mientras eran ellos usureros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos le rechazan con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprendería al fin cuáles eran sus amigos sinceros, y el lodo de la política podría fermentar en la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos.... Mas toda aquella insolencia espiraría sin fuerza sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos!....

La Marquesa miraba y escuchaba á Jacobo con entusiasmo, con admiración..., con admiración tan grande y profunda, como que algo parecido á aquella hermosa perorata lo había leído ella en Veuillot hacía varios años; como que allí mismo, en el *secrétaire* que tenía delante, hallábase guardada entre los papeles de Elvira, la escritura de venta de la torre de Tellez-Ponce, sacada á pública subasta por los acreedores de Jacobo, y comprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia á que pertenecía su hijo.

La bondadosa sonrisa de la Marquesa no desapareció, sin embargo, ante farsa tan innoble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse á asegurar á Jacobo que no podía imaginarse un plan más al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego, y lo refrendaba en su nombre.

—¿No es verdad que mi idea es profunda?—exclamó Jacobo cegado por la vanidad de orador, que era la más grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah! ¡muchas y tristes experiencias le había costado concebirla y desarrollarla!.... Y lo que en aquel momento le hacía encontrarla más oportuna, más cara á su entendimiento y más grata á su corazón, era que ella misma venía á orillar el único reparo que al intentar su reconciliación con Elvira se le había puesto delante: reparo de delicadeza, de hombre de pundonor que quiere ponerse á cubierto de las hablillas del vulgo....

Habíase enterado en París por el tío Frasquito, de que Elvira había ganado un pleito de interés, que era á la sazón muy rica, y esto estuvo a punto de retraerle, porque el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se

apresurarían á decir, que no eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia, los que le impulsaban á dar aquel paso.... Mas retirándose á Tellez-Ponce, podía vivir con las rentas de aquella finca, suya, de él propia, y conservar el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversación nombraba Jacobo al niño, y hacíalo para asegurar una fraudulenta impostura. La Marquesa sintió que el corazón se le oprimía oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor á su mujer en que no entraba la ternura hacia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa voluntad más y más su sonrisa, y dando á su acento más marcado tinte de confianza y de cariño, dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

—¡Bah!...—No pienses en eso...

—Sí,—María, sí; hay que pensar en ello, porque lo que se cuenta de los hombres, sea ó no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en sus vidas, como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por experiencia propia!

—Obrar bien, que Dios es Dios!—dijo sentenciosamente la Marquesa. ¡Ese es mi lema!

—Y el mío también... desde hace algún tiempo. Pero no hay que perder de vista, que si la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena.

—Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes honradas...

—¿Qué más quieres?.....

—Nada, nada más quiero—replicó Jacobo. Por eso, en cuanto el P. Cifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis dudas.

—Y además de eso,—añadió la Marquesa con ingenuidad sencillísima, tu pensamiento ha coincidido con el mío.... ¡Claro está! un hombre decente no podía pensar otra cosa; y por eso, había yo previsto para acallar tus escrúpulos, un remedio facilísimo...

—¿Cuál?—preguntó Jacobo algún tanto suspenso.

La Marquesa levantó la tapa del *secrétaire*, y sacando el documento escrito por ella misma la noche antes, púsosele á Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

—Con firmar este papel, estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó á leer el documento con algún sobresalto, y á medida que recorría sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La Marquesa fijaba en él una mirada de compasión profunda: él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa, murmurando:

—¡Pero María!...—¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡Yo no firmo eso!...

El documento era una renuncia completa y explícita, á toda intervención y á todo derecho que pudiera concederle la ley á la administración de los bienes de su mujer, y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo, quedaban atadas de pies y manos con sólo poner allí la firma.

Antonelli había vencido á Bismarck: el ángel con alas de águila, había cogido bajo el pié, al demonio con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la Marquesa, muy sorprendida y admirada preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señorial aplomo:

—¿Pero por qué no quieres firmar?... ¿Qué encuentras en ello de malo?...

—Porque... porque... porque firmar eso, es renunciar á mi dignidad de marido.

—¿A tu dignidad de marido?... ¿Pues no decías hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana, te había hecho vacilar al intentar lo que intentas?...

—Es que ese papel rebaja mi dignidad.....

—Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinión pública.

—Cuando se trata del honor, hay que prescindir de la opinión.

—¿Prescindir de la opinión?... ¿Pues no decías ahora mismo, que lo que se dice de los hombres, sea ó no sea cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?....

---Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia, es para el hombre de honor suficiente.

---¡Pero hombre... de honor!... ¡Si me decías hace un momento, que aunque la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena!...

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa, para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos.

---¡Política romana, con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!...

---¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!—exclamó energicamente la Marquesa. ¡Mira que me autorizas á pensar, que tu política *bismarckiana* ocultaba alguna vileza!

---La tuya sí que oculta una intriga en que asoma la mano del P. Cifuentes!...

---¡La mano del P. Cifuentes?...—¡Pobre P. Cifuentes!... La descubrirás tú sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam á que subiste hace poco... Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La Marquesa le preguntó al cabo, sin perder su serena calma:

---¿Con que decididamente no firmas?...

---No firmo,—replicó Jacobo con ira.

---Pues conste, que si la reconciliación no se afectúa, tú tienes la culpa: que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú... tú... tú mismo, por una obcecación bien sospechosa, destruyes todo lo hecho...

---Destruyo lo que tú ó ese bendito Cifuentes habéis urdido; pero yo me entenderé con Elvira...

---Es que Elvira no vendrá á Biarritz.

---Pues iré yo á buscarla.

---¿A qué no vas?...

---¡Pero, señor!—exclamó Jacobo exasperado. ¿Son estas las gentes timoratas?... ¿De dónde saca mi mujer esos aires de independencia?... Nosotros no estamos separados legalmente, y la ley me autoriza para reclamar cuando quiera á mi mujer y á mi hijo.

La Marquesa se irguió entonces en su butaca, arrogante y amenazadora, desplegando por vez primera sus poderosas alas de águila. Con el puño cerrado dió un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

---¡Inténtalo!... ¡Atrévete!... ¡Inténtalo, y en el momento en que des el primer paso, presenta ella ante esos tribunales una demanda de divorcio que te hunde por completo!...

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel reto, sobrecogieron á Jacobo por un momento: recobrando, sin embargo, bien pronto su audacia, replicó lleno de rabia:

---¡Que la presente si quiere!...—¿Dónde tiene las pruebas?.....

---¡En su poder las tiene... Suficientes para alcanzar un divorcio: bastantes para hacer poner el capuchón... á cualquiera que lo merezca!

---¡María!

---¡Jacobo!...—¿Te habías pensado tú que por el solo hecho de ser buena, había de ser tu mujer siempre mártir?... La paciencia tiene un límite que marca á veces el decoro y ¡ay! de las zorras, el día en que las gallinas se cansen de ser gallinas!.....

La terrible indicación de la Marquesa amedrentó á Jacobo en medio de su aturdimiento y de su rabia, y quiso sondear si la existencia de aquellas pruebas era una mera amenaza.

---¡No se me asusta á mí con leones de paja!—exclamó irónicamente. Mi conciencia me dice que esas pruebas no existen, y no creo en ellas.....

---Pues á ver si tus ojos convencen á tu conciencia,—replicó vivamente la Marquesa.

Y abriendo de un tirón el cajoncillo del *secrétaire*, mostró á Jacobo, desde léjos, un paquete de cuatro ó cinco cartas, diciendo:

---¡A fé que la letra de Rosa Peñarrón y la tuya propia, son lo bastante claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las reconozcan!

La sangre entera de Jacobo reflujo á su rostro, y por uno de esos brutales impulsos, con que en el hombre de la naturaleza y no de la civilización, se manifiesta el instinto, hizo

ademán de arrancárselas á la dama. Mas ésta, veloz como el rayo, abrió de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero, y la mano en que tenía las cartas, gritó con gran fuerza:

—¡Monina!...—¡Que te vas á caer!... No saltes más..... Mademoiselle, quite V. á la niña la cuerda.....

Y volviéndose después á Jacobo; un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana.

—¡Creí que se mataba!...—¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo habíase quedado aplanado en su asiento, y tartamudeó entonces;

—Tienes aquí á Monina?....

—¡Pues no la había de tener?....—¡Quién me separa á mí de mi niña?... Tú no la conoces?... ¡Quieres verla?...

Y sin esperar respuesta, volvió á gritar desde la ventana:

—¡Mademoiselle!...—Traiga V. aquí á la niña.....

A poco entraba Monina seguida del aya, y corría á echarse en el regazo de su abuela, mirando á Jacobo con esa media sonrisa de los niños mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño: ¿Pero no me dice V. que soy muy bonito?.....

Jacobo, aturdido por completo no le decía nada, intentando en vano adivinar por dónde habían llegado á manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La Marquesa abrazaba á su nieta como hubiera abrazado al Ángel de su guarda, dando gracias á Dios desde lo íntimo de su pecho, por haber dado á Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de espíritu y su enérgica audacia, habían anonadado al farsante, eran simplemente tres ó cuatro cartas de sus administradores, que en el cajoncillo del *secrétaire* estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto; mas las pruebas no existían, y muerta la Peñarrón, único cómplice, dos años antes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli había atado para siempre á Bismarck, con un hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia á la niña, despidióse friamente, y Monina le miró marchar, chupándose, con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el carruaje y dió orden al cochero de volver á Bayona, al Hôtel de Saint Etienne, donde se había apeado la víspera. Biarritz era demasiado pequeño para permanecer oculto, y evitar embarazosos encuentros con los emigrados alfonsinos y carlistas, que desde mucho tiempo antes poblaban todos los contornos, y los hombres políticos y medrosos de todo jaez, con que la caída de D. Amadeo y la proclamación de la República, engrosaban en aquellos mismos días el número de españoles dispersos.

El desengaño había sido cruel, y tornábase de nuevo angustiosa la situación de Jacobo, al ver hundirse todas sus ilusiones, dejando tan sólo en su ánimo zozobras y rencores terribles, que encendían en su corazón contra la Marquesa de Villasis y el P. Cifuentes, la rabia implacable que siente el perverso, contra todo aquel en quien se ve forzado á reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de Constantinopla llevaba en el alma, ninguna escocía tanto á su vanidad, ninguna irritaba tanto su soberbia, como el que fueran sus vencedores una beata y un fraile.

En el paroxismo de su furor, imaginábase estrangular algún día á la taimada Villasis, con el pañuelo á cuadros azules y amarillos del hipócrito Cifuentes.

# PEQUEÑECES.....

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA

COMPañIA DE JESUS

LIBRO TERCERO

OCTAVA EDICION

NUEVA YORK

IMPRESA COSMOPOLITA

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

CARIL  
LIBRA ALFONSO  
SIDYTA